



MENSAJE EN UNA CEBOLLA

Ataúlfo Sanz

Nadie podía imaginar entonces que la rubia Ernestina se enamoraría, porque desde que sus padres murieron había estado sola, porque no hablaba con nadie ni iba a misa, pero sobre todo, porque era bruja y a las brujas nadie las quiere.

Ella era bajita de estatura, delgada y de piel blanca, casi transparente, lo que unido a su pelo pajizo y a sus ojos claros, le daba un aspecto etéreo que no parecía de este mundo. Andaba todo el día en el campo, abrazada a los árboles y comiendo sólo las verduras y las frutas que encontraba o que ella misma cultivaba en un huerto casero. Sólo bebía agua de manantial o de lluvia y su casa parecía la cueva de un druida, toda llena de hierbas, brebajes y amuletos.

Pero un día, como por encanto, llegó el hombre sin nombre. En realidad al pueblo llegaron varias decenas, todos negros como el ébano, altos como la torre de la iglesia y fuertes como las montañas de la sierra que se veía a la lo lejos en los días claros. Eran jornaleros que llegaban de allende los mares a un rincón de Castilla para arrancar de la tierra los ajos y las cebollas que habían sembrado los patronos blancos.

Desde su casa, ennegrecida por el paso del tiempo, Ernestina veía pasar en silencio a los hombres sin nombre que cada mañana al salir el sol se levantaban para ir a trabajar al campo. Vestidos con ropas llamativas, de colores chillones y telas ligeras, los hombres sin nombre eran la viva imagen de la alegría, a pesar de la dureza de sus condiciones de trabajo.

Sus dientes de un blanco impoluto relucían en la oscuridad como los del gato de Cheshire de “Alicia en el país de las maravillas”, dándole a la fría madrugada otoñal un aspecto casi mágico que la rubia Ernestina disfrutaba como si se tratase de un carnaval.

Pasaron los días y los hombres sin nombre se fueron familiarizando con la vida en el pueblo. Al terminar su jornada en los campos de cebollas se podía ver a algunos de ellos paseando por la calle Mayor o incluso entrando en el bar de la plaza. Los hombres sin nombre eran, en su mayoría, musulmanes y no bebían otra cosa que no fuera café o té. También practicaban su religión, especialmente en la madrugada, rompiendo el silencio con cánticos y oraciones que sonaban a música andalusí.

Ernestina la bruja observaba atentamente los movimientos de los hombres sin nombre. Desde que llegaron al pueblo había comenzado a espiar a estos forasteros desde el ventanuco de su desván, situado estratégicamente frente a la casa alquilada en la que vivían los hombres, por lo que sabía todo sobre sus entradas y salidas, así como también lo que hacían en la casa con la luz encendida.

Una mañana, Ernestina se asomó a la calle justo a la hora en la que los hombres sin nombre iban al campo. Plantado en el quicio de la puerta de la casa de enfrente se encontraba un joven de casi dos metros de altura y complexión fuerte, comiendo con fruición una cebolla blanca.

—¿Siempre comes cebolla tan temprano? —preguntó Ernestina sin mediar saludo—.

—Cuando la hay —respondió el joven en un buen castellano con acento del sur—.

—¿Todo el mundo lo hace en tu país?

—Sí —contestó él—. Allí está bien visto comer en la calle.

—A mí no me gustan las cebollas —le dijo la bruja para zanjar la conversación—.

—¿Qué tienes contra ellas?

—El olor nada más. Aparte de eso, son como una rosa.

—Como una rosa.... —repitió el hombre sin nombre—. Eso es verdad: la cebolla es una rosa, una rosa es....

—¿También eres poeta? —inquirió ella con sorna—.

—“La cebolla es escarcha, cerrada y pobre: escarcha de tus días y de mis noches. Hambre y cebolla: hielo negro y escarcha, grande y redonda”.

El hombre recitó cada una de las palabras recreándose en su grandeza, como si de verdad entendiera el significado profundo que el poeta había querido darle. Ernestina estaba tan impactada que se quedó sin habla y sus ojos llorosos traicionaban lo que su corazón quería ocultar en esos momentos.

-Este poema de Miguel Hernández es uno de los primeros textos que me enseñaron en el centro de aprendizaje de español de Sevilla cuando llegué de Mali. Yo no sabía lo que decía, porque todavía no había aprendido español, pero el poema me gustó mucho porque mi familia cultiva cebollas y ahora yo estoy aquí, trabajando también en el campo.

En ese momento los hombres sin nombre salieron precipitadamente de la casa y se subieron a los coches estacionados en la calle que les llevarían a los campos de cebolla. El joven de la poesía también subió a un coche y se sumó a las conversaciones y bromas de sus compañeros.

Al ver aquello, la bruja Ernestina se escondió tras la cortina de tela sucia y envejecida por el paso del tiempo que cubría todo el año la puerta de su casa y esperó a que todos se marcharan para entrar de nuevo.

Desde aquel día, la vida de Ernestina cambió por completo. Ya no salía al campo a abrazarse con los árboles y a buscar plantas silvestres, ni se escondía cuando por su puerta pasaba un vecino o un desconocido, sino más bien al contrario: esperaba con paciencia la llegada de los hombres sin nombre, y en concreto, la llegada del joven que le había recitado un poema de Miguel Hernández.

Pasaron varios días sin que el joven poeta y la bruja Ernestina se encontraran a solas. Ella le veía volver de trabajar y también salir por la mañana temprano, pero no podía acercarse a él como era su deseo porque nunca estaba solo.

Un domingo después de misa alguien llamó a su puerta. Ella estaba tan poco acostumbrada a recibir visitas que al principio pensó que los golpes procedían de la casa de al lado. Al volver a oír una segunda y una tercera vez los golpes secos, se levantó del sofá de mimbre donde acostumbraba a pasar las mañanas y se dirigió a la puerta, cabreada como una mona salvaje, pues pensaba que los que llamaban insistentemente eran los niños del pueblo gastando una broma.

—¿Quién es? —preguntó a voz en grito antes incluso de llegar a la puerta—. Y cuando por fin abrió

después de haber dado varias vueltas a la llave de la vieja cerradura se encontró de frente con el joven de la cebolla.

—Me llamo Lucky, como el tabaco —remarcó con una sonrisa espontánea—. En realidad mi nombre es Modibo, como el primer presidente de Mali, pero al llegar a España me cambié el nombre. Vida nueva, nombre nuevo. Yo me considero afortunado por haber llegado hasta aquí, por eso el nombre de Lucky. Te he estado buscando estos días pero no te he visto en la calle. ¿Has estado enferma?

Ernestina no dejaba de mirar al hombre de arriba a abajo y en algún momento debió de asentir con la cabeza porque el hombre dio por entendido que se encontraba bien.

—Me alegro de verte. Hoy domingo nosotros no trabajamos. Vamos a hacer una fiesta y yo quiero que tú vengas. ¿Vendrás?

Ella seguía parada en el quicio de la puerta sin decir palabra. En todos los años que llevaba viviendo en el pueblo nunca nadie le había invitado a nada, ni a una comida, ni a una cena, y mucho menos a una fiesta. Como había pasado antes, su cabeza debió de asentir porque el hombre llamado Lucky se despidió sonriendo y le dijo.

—Bueno, pues entonces nos vemos esta tarde. No me falles... Por cierto, todavía no me has dicho cómo te llamas.

Con un hilillo de voz, muy impropio de ella, Ernestina respondió y por primera vez después de muchos años sonrió al cerrar la puerta y meterse en casa.

Las siguientes horas la bruja Ernestina las vivió en una nube. Parecía que flotara de una habitación a otra, bañando su cuerpo con oloroso jabón de romero, eligiendo la ropa más apropiada de su exiguo vestuario, recogiendo su cabello rubio en pequeñas trenzas y escogiendo entre sus amuletos el que mejor sirviera para el fin que se proponía.

Poco antes de que el reloj diera las ocho ella estaba ya en la puerta de los hombres sin nombre y cuando por fin las manecillas de su reloj de pulsera dieron la hora señalada, llamó al timbre.

Como si estuviera preparado mucho tiempo antes, Lucky abrió la puerta al instante e invitó a pasar a Ernestina, que se sintió porque realmente era así, como la única mujer en esa casa de hombres. Nada más entrar todos los presentes dejaron de hacer lo que estaban haciendo para acercarse a sa-

ludar, pero después de unas cuentas conversaciones protocolarias, Lucky y ella pudieron apartarse del resto y hablar tranquilamente.

—¿Y cómo llegaste a España? —fue lo primero que Ernestina le preguntó—.

—Pues como casi todos, en patera —respondió él mirando de reojo a sus compañeros que comían y bailaban tranquilamente unos metros más allá—. Salí de Bamako, mi ciudad, con dirección a Marruecos para poder cruzar a España. En Malí dejé a mi madre y a mis hermanas, que como el resto de las mujeres son las que realmente llevan sobre sus espaldas el país, mientras sus maridos o sus hijos llevan las armas o se marchan fuera. A menudo se olvida la existencia de todas estas mujeres porque bajo su velo no miran al cielo para hablar con dios, sino que solo esperan que el sol se meta para poder descansar después de un día de duro trabajo. Estuve varios meses cruzando el Sáhara hasta llegar a Marruecos y allí tampoco lo tuve fácil, porque cuando llegué casi no tenía dinero con que pagar mi pasaje a Europa. Hice trabajos duros y después de un tiempo al final logré embarcar en una patera grande.

—Imagino que el viaje sería duro...

—Lo recuerdo como una pesadilla. La barcaza tenía cubierta, que eran donde iban los que habían pagado más. Yo estaba en el fondo del barco y no distinguía si era de día o de noche. Durante días tuve ante mí la imagen de una madre llevando a su bebé en brazos y al desembarcar el niño había muerto...

Los ojos de Ernestina miraban fijamente a los de Lucky, que en ese momento dejaba correr unas sutiles lágrimas. Ella se dio cuenta de que él lo estaba pasando mal y rápidamente cambió de conversación hacia temas menos trascendentes. Estuvieron hablando de la comida, del trabajo en España, de sus expectativas y cuando se quisieron dar cuenta, la fiesta había terminado y sólo ellos estaban en el salón de la casa desde donde se veían con nitidez la luna y las estrellas.

—Creo que se nos ha hecho tarde —sentenció Ernestina— y tú mañana tienes que madrugar. No puedo compararlo con otra porque nunca he estado en otra, pero te aseguro que esta ha sido la mejor fiesta de mi vida y por ello quiero agradecértelo entregándote este amuleto que te protegerá y te ayudará a lo largo de tu vida.

Lucky miró asombrado como Ernestina abrió su bolso y sacó una piedra porosa de color grisáceo, con forma de triángulo y atada a una cinta de cuero. Se acercó a él, le colgó el amuleto en su cuello y se despidió con dos besos en la mejilla, que para ella eran mucho más que un saludo protocolario. Desde el día de la fiesta, Ernestina y Lucky se vieron muchas veces. Ella esperaba con paciencia a que los hombres sin nombre volvieran del trabajo y se colaba en su casa, unas veces para ofrecerles algo de comer, otras para entregarles algún paquete que habían dejado en su casa y otras simplemente para saludar. Aunque no tenía mucho tiempo, ambos trataban de aprovechar al máximo cuando estaban juntos y su complicidad era tan grande que el resto de los hombres sin nombre les gastaban bromas sobre su vida en común.

El otoño avanzaba y con él los trabajos en los campos de cebollas. Para noviembre, la recogida estaba prácticamente finalizada y los hombres sin nombre se preparaban para regresar a sus tierras. Ernestina estaba en esos días más nerviosa que nunca y eso que ella era de por sí tranquila. Sabía de sobra que un día u otro Lucky tendría que volver al sur, pero no habían hablado de ello en ninguna de las citas que habían tenido.

El día que ella intuyó que el grupo de africanos se preparaba para dejar el pueblo, se cerró en casa y no abrió, a pesar de que varias veces alguien golpeó a su puerta. Esa noche la pasó llorando y a la mañana siguiente, cuando fue a comprobar con sigilo si los hombres sin nombre se habían ido definitivamente, descubrió escondida en los pliegues de su vieja cortina de tela una bolsa de plástico llena de cebollas. Sin que nadie se lo dijera, ella sabía que las cebollas eran la forma que Lucky había tenido de decirle adiós y recordó la poesía que él le había recitado cuando se conocieron. Como si se tratase del más preciado tesoro, Ernestina cogió la bolsa y fue sacando de una en una las cebollas para extenderlas sobre la mesa de la cocina. Cuando estaba a punto de terminar se percató de que en una de las cebollas más grandes habían hecho una hendidura y habían introducido un papel que llevaba algo escrito. Con impaciencia, sacó la hoja y desdoblándola leyó: "Tu risa me hace libre, me pone alas. Soledades me quita, cárcel me arranca". Este verso, que ella conocía de memoria, era la continuación del poema que Lucky le había recitado

el día que se conocieron, por eso no tuvo dudas de que las cebollas las había dejado él. Además del verso, en el papel había escrito un número de teléfono, pero como ella no tenía aparato desde el que llamar, tuvo que esperar varios días hasta que se compró un móvil y después alguno más hasta que por fin se decidió a llamar.

La primera llamada fue como un suspiro. Sólo marcó y en cuanto alguien al otro lado respondió colgó el teléfono. En su cabeza, como en una balanza, sopesaba los pros y los contras de llamar de nuevo. Primero no sabía si ese número era el de Lucky, aunque casi estaba segura; luego no sabía qué le iba a decir si finalmente respondía la llamada y tampoco tenía claro si quería iniciar con él una relación telefónica o si era preferible dejarlo todo como estaba.

Al final se decidió por volver a llamar y cuando al otro lado del teléfono alguien respondió preguntó con temor si estaba Lucky. La otra persona no era español ni entendía mucho el idioma. Su respuesta fue monosilábica, pero muy poco clara. Primero dijo. "Sí, Lucky.... sí", para después decir "No, Lucky aquí" y una serie de palabras en un idioma que Ernestina no conocía.

Desconcertada por la respuesta, colgó el teléfono móvil y lo volvió en la misma cajita de cartón en el que venía embalado. Era su forma de decir que lo había intentado, pero que ya no quería saber nada ni de Lucky, ni de las telecomunicaciones. La caja con el teléfono se quedó sobre la mesa y pasaron los días sin que ella le hiciera el menor caso, hasta que una noche cuando ya se disponía a ir a dormir la caja empezó a moverse sobre la superficie de madera de la mesa, como si tuviera vida propia. Al principio Ernestina se alarmó, pero después se dio cuenta de que dentro estaba el teléfono y que probablemente alguien estuviera llamando.

Rápidamente abrió la caja de cartón, desenvolvió el teléfono y comprobó que éste sonaba porque alguien estaba llamando. Respondió con esfuerzo y pudo comprobar que al otro lado de la línea estaba Lucky, que se alegraba mucho de hablar con ella por fin. A la primera llamada le siguieron muchas otras más, al menos una cada día, hasta que llegó el momento en que Ernestina tuvo que tomar una decisión que cambiaría su vida.

Una mañana llegó hasta su casa un taxi de la ciudad y Ernestina, después de cerrar puertas y ventanas,

y bajar las persianas, salió de su casa y echó la llave de la puerta sin mirar atrás, ni siquiera para comprobar que dejaba todo bien cerrado.

Con el taxi llegó hasta la estación de autobús y allí cambió de vehículo para iniciar un viaje largo cuyo destino era la capital del sur donde Lucky vivía.

A ella, que no había salido nunca de la estepa castellana, el viaje en autobús le pareció lo más bonito que había visto nunca y eso que cruzar de norte a sur la península en el mes de diciembre no era precisamente de lo más atrayente.

Cuando llegó a Sevilla empezaba a amanecer y la ciudad dorada por el sol de la mañana, lucía esplendorosa a sus ojos. Nada más llegar a la estación de autobuses vio por la ventanilla que Lucky estaba esperando. Sobre su pecho distinguió perfectamente el amuleto que ella le había regalado para que le diera suerte y en su rostro se apreciaba inequívocamente una expresión entre alegría y desconcierto que hacía presagiar un verdadero encuentro.

Después de los primeros abrazos y los tímidos besos, Lucky cogió la bolsa que Ernestina traía como único equipaje y ambos se dispusieron a caminar abrazados para descubrir Sevilla. La estación de la plaza de Armas no estaba lejos de donde vivía Lucky y ambos fueron paseando en paralelo al río, por la calle Arjona hasta llegar al puente de Triana y al muelle de la sal. Ernestina no había visto nunca tanta agua junta, y eso que el Guadalquivir llevaba poco agua pues el año había sido muy seco. Nada más cruzar el puente, Lucky le dijo a Ernestina que antes de nada debían hacer la compra, pues apenas tenía algo de comer en casa.

Frente a ellos se alzaba majestuoso el mercado de Triana, con sus paredes de ladrillo y sus coloridos azulejos alusivos a su historia. Pasaron por la puerta que da al puente y se adentraron en un universo de sabores y olores en el que los puestos, rotulados también con azulejos, eran como pequeños planetas en los que podías encontrar de todo.

Para Ernestina, que no había salido nunca de su pueblo ni había visto más fruta o verdura que la que ella misma producía, ver aquel despliegue de alimentos fue una experiencia casi mística. Avanzaba por las calles del mercado como si estuviera flotando; tocaba las verduras; olía las frutas y se extasiaba con el brillo plateado del pescado y las formas sorprendentes de chacinas y embutidos.

Ella nunca había visto en su casa nada semejante y le parecía como si acabara de descubrir un nuevo continente sin salir del suyo.

Fue Lucky quien después de dejarla disfrutar un rato tuvo que sacarla del estado de gracia en el que se encontraba. Agarrándola fuertemente de la mano, con una sonrisa en la boca, él tiró de ella hasta uno de los puestos del mercado y se paró frente a la dependienta, a la que por la expresión de su cara parecía que conocía.

—¡Hombreee, Luckyyy! —dijo la señora en tono jocosos, arrastrando con musicalidad los finales de las palabras—. ¿Qué te trae por aquí hoy? ¿No estás trabajando o no hay faena ahora, hijo?

—Buenos días, señora Carmen. He venido a comprar... y no vengo solo —respondió Lucky mirando a Ernestina que le agarraba de la mano—.

—Ya veo, ya. ¿Y quién es ella? ¿Es tu noviaaaa? —preguntó con retintín—.

Tras la pregunta incómoda de la señora Carmen se produjo un minuto de silencio que Ernestina y Lucky aprovecharon para mirarse y sonreírse, sin dar respuesta alguna.

—No hace falta que me digas nada más —sentenció rotunda la señora—. Sólo con veros ya está dicho todo. ¿Qué te pongo, Lucky?

—Pues unos tomates bien maduros, un pepino, lechuga y también... unas cebollas.

En ese momento, cuando escuchó decir a Lucky que quería unas cebollas, Ernestina se soltó de la mano y empezó a llorar de manera inconsolable, como si nunca antes lo hubiera hecho.

—Madre míaaaaa. ¿Pero qué le pasa a esta chiquillaaaaa? He visto a mucha gente llorar al partir cebollas, pero hacerlo sólo con mencionarlas no lo había visto nunca —aseveró la señora, al tiempo que le acercaba a Ernestina un pañuelo de papel para que secará sus lágrimas—.

Lucky esperó a que Ernestina se secará las lágrimas y después agarró con sus manos la cara de ella y la miró fijamente a los ojos.

—He leído en algún sitio que “mirar” viene del latín “admirari”, que significa mostrar admiración, pero también tener miramiento, es decir, tener respeto y preocuparse por alguien. A partir de ahora, Ernestina, yo voy a mirar por ti.

Ilustración: Pablo Moncloa

